

Luis Sánchez

Apócrifo de José

6
ADÁN
y EVA
COLECCIÓN


didaskalos

LUIS SÁNCHEZ NAVARRO

APÓCRIFO
DE JOSÉ



Imagen de portada: San José trabajando en un rayo ante el Niño Jesús.
Museo del Louvre. París. Francia. Georges de la
Tour (1593-1652). Pintor barroco francés.

Autor: © Luis Sánchez Navarro

Primera edición: noviembre 2023

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-31365-2023

ISBN: 978-84-19431-22-6

Maquetación: Juan Carlos Adame Alonso

Impresión y encuadernación:

Editorial Didaskalos

Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).

Colección Adán y Eva

El relato bíblico de Adán y Eva es una fuente de donde siempre obtenemos agua fresca para entender qué es el hombre. El Papa Juan Pablo II, en sus catequesis sobre el amor humano, nos descubrió un nuevo modo de leer este eterno relato. La narración del Génesis, que ocupa tan solo tres capítulos, nos da las claves para iluminar el misterio del hombre y la mujer, sobre todo en su diferencia sexual llamada a la comunión. Ahí también Dios ha inscrito su imagen.

Esta colección Adán y Eva da testimonio de la gran fecundidad del relato bíblico. Cada número de la colección recoge el texto de uno o varios autores que basándose en la narración del Génesis muestra una gran verdad humana. La colección genera una cultura que partiendo de la historia de los primeros hombres entra en la experiencia de todo hombre y la interpreta bajo una nueva luz que explica y la hace más bella.

FELIPE CARMENA
Director de la Colección

*Y Jacob engendró a José, el esposo
de María, de la cual fue engendrado
Jesús, el llamado Cristo*
(Evangelio según san Mateo 1,16)

Índice

	<i>Págs.</i>
1. GOZO	15
2. LUZ	19
3. DOLOR	23
4. GLORIA.	29
5. EPÍLOGO	37
ANEXO: ALGUNAS REFERENCIAS EXPLICATIVAS	41

Las cosas *pudieron* ser así...

Gozo

“¿Te has fijado en María?” “¿Qué María, *abbá*? Hay varias en Nazaret” “Pues en María *bat* Joaquín”.

No sé cómo se ha dado cuenta mi padre, Jacob; pero sí, llevo un tiempo fijándome en la hija de Joaquín y Ana. No tengo muy claro cómo empezó todo; pero un día, al verla casualmente a cierta distancia (en Nazaret los padres son buenos custodios de sus hijas), me atrajo. Y eso que no tiene ninguna cualidad especialmente llamativa; es una joven tremendamente normal. Pero sus ojos desprenden una luz como los de ninguna otra en nuestra pequeña ciudad. Y, cosa singular: cuando ella está presente,

cesan entre las muchachas las palabras vanas o los dobles sentidos, y ningún joven osa comentarios ligeros.

Hace ya casi una semana de años que celebré el *Bar Mitzwah*; es tiempo de tomar decisiones grandes. Aquella ceremonia dejó un profundo poso en mi alma; junto a la alegría de entrar en el mundo de los adultos, y el deseo de prolongar la estirpe de Judá, la participación en el culto de la sinagoga suscitó en mí un nuevo interés por la *Torá*, que pronto derivó en verdadera pasión. Y eso que no soy rabino, sino carpintero: como mi padre y el padre de mi padre, que en los primeros años del rey Herodes vinieron desde Belén a repoblar Galilea, atraídos por las posibilidades de esta tierra. Trabajo no nos falta; a las labores cotidianas en Nazaret se unen encargos desde lugares cercanos, como Séforis, o Caná. Sin embargo, siempre aguardo con impaciencia el *shabbat*: el *miqrá* en nuestra sinagoga me revela, cada semana, sorpresas escondidas del *Tanak*.

Aunque hace ya tiempo de ello, recuerdo con nitidez el día en que escuchamos, solemnemente proclamadas por el arquisinagogo, las bodas de nuestro padre Isaac con Rebeca, la hija de Betuel: la amó de tal manera, que ese amor fue capaz de consolarle de la pena por la reciente muerte de su madre. “¡Qué

cosa tan grande”, pensé, “unirse a una mujer y tomarla por esposa!”. Por ello, cuando meses después se leyó la historia de Jacob y Raquel, pensé que yo también trabajaría con gusto siete años por la mujer amada. Esas historias reviven ahora en mí cuando pienso en María, la hija de Joaquín; y me viene a la mente el enamoramiento de Tobías y Sara, que tantas veces escuché a mi madre: *Cuando Tobías oyó las razones de Rafael, y que Sara era pariente suya, del linaje de la casa de su padre, se enamoró de tal modo que se apegó el corazón a ella.*

Mi padre tiene razón: el corazón se me ha apegado a María, como a Sara el de Tobías. Por eso vivo en un gozo esperanzado, hasta ahora desconocido. Me armaré de valor y le pediré que me acompañe a hablar con Joaquín.

* * *

La cuestión no ha sido tan sencilla como yo esperaba; María es hija única de Joaquín y Ana, y — como es normal— ellos desean tomar todas las precauciones razonables para asegurarse de que su hija se despose con el hombre adecuado. Además, pese a la discreción que los caracteriza, todo Nazaret sabe que son una familia piadosa, que camina con verdad según la justicia de la *Torá*; por ello sus padres han

insistido en la fidelidad a la Ley que ha de regir nuestra vida común. María, que también estaba presente, se ha mostrado de acuerdo, insistiendo en su deseo de cumplir la voluntad de *Elohîm*; lo cual me ha llenado de gozo. Y al final ¡sus padres han dado el consentimiento a nuestra unión! Creo que les ha impresionado favorablemente que no hayamos pedido un *shillûjîm* elevado: pues, como les he dicho (quizá con una sinceridad demasiado ingenua), la mejor dote que puedo yo soñar es María misma. En cualquier caso, Joaquín, como padre responsable, ha ofrecido una digna cantidad de dinero y también la propiedad de un terreno, pequeño pero muy fértil, dejando clara la estima que tiene por su hija. En cuanto al *mohar*, aunque nuestra situación es modesta, me he comprometido a mantenerla mediante mi trabajo, y a entregarle unos sencillos adornos que pertenecieron a mi madre: lo han aceptado sin exigir nada más.

En unas semanas tendrán lugar los *erûsîn*, que formalizarán de modo solemne lo acordado y harán nacer nuestra unión. Pido al Altísimo que me prepare para ese momento grande.

Luz

Por fin ha llegado el día: hoy hemos celebrado los *erûsîn*. A nuestros rabinos les gusta llamarlos también *qiddushîm*, para recordar que son lo más sagrado, lo más santo que un hombre puede hacer sobre la tierra, sólo comparable al estudio de la *Torá*. Y es que, en los *erûsîn*, cada pareja israelita que se desposa renueva el milagro de nuestros primeros padres, Adán y Eva, que fueron creados dos para llegar a ser una sola carne, según el mandato de *Elohîm*. Hoy, aquel que dio esposa a nuestro primer padre, me ha concedido como esposa a María. La ceremonia sorprende por su sobria y solemne sencillez; al intercambio de las dotes le ha seguido nuestra mutua aceptación.

“Tú eres mi mujer”, le he dicho con voz clara; “tú eres mi marido”, ha dicho ella, y sus ojos irradiaban una luz de misterioso brillo. Desde ese momento ya somos, en derecho y con verdad, esposos; así consta en el documento matrimonial que hemos firmado. Tras los *erûsîn* seguiremos viviendo con nuestras familias durante algún tiempo; pero todos en Nazaret saben que estamos desposados, que yo soy para ella y ella para mí. Y así nos vamos preparando con esmero para la ceremonia de los *nissu'îm*, cuando, con gran fiesta, trasladaré a María a casa de mi padre para iniciar nuestra vida común.

Me ha conmovido la oración de bendición que, en nombre del Dios Altísimo, ha pronunciado Joaquín: “Tuya es desde hoy para siempre. Que el Dios del cielo os conserve en paz y prosperidad”. El Dios de Israel se ha comprometido con nosotros, para que nuestro amor sea fiel reflejo de la alianza con su pueblo. La promesa de Dios es así luz para nuestra unión, según lo del profeta Oseas: *Yo te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia y en derecho, en amor y en compasión; te desposaré conmigo en fidelidad, y tú conocerás al Señor. Misericordia y fidelidad: así será, con la gracia del Altísimo, mi amor por María. Esta será mi “dote” para ella. Ser compasivo y delicado; fiel hasta la muerte.*

Siempre que en la sinagoga he escuchado el elogio que hace Salomón de la mujer fuerte, me parecía algo hermoso pero irrealizable... hasta que conocí a María. Nuestra relación con motivo de los esposales, aunque discreta, me confirmó en esta certeza. Ahora, cada vez que se proclama ese elogio, lo descubro realizado en esta mujer, delicada en su fortaleza y fuerte en su delicadeza: *se viste de fuerza y dignidad, sonrío ante el día de mañana*. Con ella, nuestro hogar prosperará: mi familia estará en las mejores manos.

Hay algo que me llena de particular gozo y esperanza: el deseo de ser padre; quizá, porque la paternidad está escrita en mi nombre. En efecto, cuando Raquel, la esposa amada de Jacob, lo “inventó” llamando José a su primer hijo, expresaba con ello un anhelo: *Añádame el Señor otro hijo*. Conforme a mi nombre, pues, también yo deseo entrañablemente que el Altísimo nos “añada” hijos e hijas. ¡Qué satisfacción, enseñar mi oficio a los hijos! ¡Y qué gozo, ser bendecido con unas hijas que se parezcan a su madre! Estoy seguro de que el Dios que dio a nuestros primeros padres el mandato primordial: *creced y multiplicaos*, bendecirá nuestra unión con generosa descendencia; así lo aseguró nuestro padre David para quienes temen al Señor y desean serle fieles: *Tu mujer, como parra fecunda en medio de tu casa; tus hi-*

jos, como renuevos de olivo alrededor de tu mesa. Pero no quiero los hijos para mí: deseo acrecentar el número de los hijos de Israel, haciendo así fecundos los dones recibidos; y también, lo reconozco, hacer que mi buen padre vea *a los hijos de sus hijos*. Por lo demás, ¿quién sabe si podemos traer sobre la tierra al Mesías, que ha de ser —como yo lo soy— descendiente de David?

* * *

La ceremonia de hoy me ha permitido fijarme, una vez más, en la sonrisa de María: sencilla y abierta, pero envuelta en misterio; sugiere una profundidad abismal que me atrae y atemoriza a la vez. Ya sé que las mujeres tienen algo que a los varones nos cuesta intuir: mi padre me lo ha dicho muchas veces. Pero ella es especial: como adentrarse en un océano de luz. Sin embargo, me basta recordar esa sonrisa para redoblar mi deseo de trabajar por ella —siete años o los que haga falta—. Rezo con fervor para que sea el mismo *Elohîm* quien construya nuestra casa, de modo que *los albañiles no trabajemos en vano...*

“José, su esposo, como era justo...” (Mateo 1,19). En estas páginas “apócrifas” he querido recrear un momento primordial en la vida del esposo de María, José, cuya intimidad el evangelio canónico protege con respetuoso silencio.

Esta “justicia” o fidelidad radical a Dios que el evangelista le atribuye, se concretaría –sucesivamente– en su anhelo del Mesías, su misericordia y su acogida generosa del don. José aparece así como precursor y anticipo de la “justicia superior” que, plenitud de la Ley y los Profetas, proclamará Jesús (Mateo 5,17-20).